

La página viva

Lo que vio Helguera a través de los ojos de un perro

José de la Colina

FRAGMENTO DE CINTA

...visto todo como a través de los ojos de un perro. Imágenes decoloradas, más bien en blanco y negro, transcurriendo en cámara lenta. Parece de madrugada en estos sembradíos, aunque muy bien podría ser un ocaso gris. Visto todo el campo inmenso a través de los ojos de un perro, que muy bien podría ser una vaca. Las espigas se doblan al paso del viento, pero en el mismo ritmo soñoliento. Se menean las imágenes vistas desde el perro porque camina; porque esto se mueve... Y de nuevo se fijan relativamente al detenerme frente a una campesina que lleva unas cubetas con agua. Mira hacia nuestro campo visual perruno; nos mira fijamente con sorpresa y horror. Deja lentamente las cubetas sobre el suelo y con el rostro perplejo retrocede poco a poco, sin dejar de mirarme. Se toca el delantal con las manos blancas y balbucea algo que no se oye. (Nada se oye en realidad). Sigue retrocediendo y creo que yo también camino, hacia ella, conforme retrocede. Llegamos hasta una casa pobre, cerca del molino abandonado. Jala la puerta, al fin un poco más rápido, y ya sin mirarme, gesticula desesperadamente mientras se encierra. Quedo solo, inmóvil. Me tiento la cara. Debo ser un monstruo.

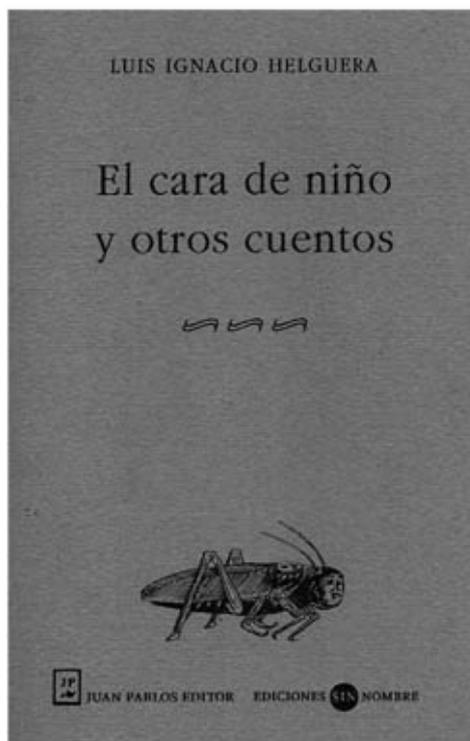
Luis Ignacio Helguera,
Murciélago al mediodía,
Editorial Vuelta, México, 1997

Con su fina caligrafía de aes y oes abiertas, el extraordinario prosador miniaturista que además de gran ajedrezófilo y fino musicólogo fue Luis Ignacio Helguera (México, 1962-México, 2003), me dedicó *Murciéla* -

go al mediodía, uno de sus acostumbrados pequeños libros (y no digo “librito”, pues podría sonar despectivo y se trata de todo lo contrario), y anotó que era “el mismo libro de



Luis Ignacio Helguera



siempre —como Aloysius, ¿te acuerdas?— pero, ay, con qué diferentes resultados”.

Ese “te acuerdas” se refiere a Aloysius Bertrand, el autor de *Gaspard de la Nuit*, el “pequeño libro” que formalmente inauguró, según Baudelaire, el género del poema en prosa. Quizá Luis Ignacio, tan adverso a los que llamaba “textotes”, evocó el hecho de que solía agradecerme públicamente que yo le hubiera dizque descubierto a Bertrand, Schwob y Ramón (Gómez de la Serna). La verdad es que nunca le creí la halagüeña “declaración”, pues sabía cuán tempranamente había sido él un fino lector, y que además había tenido de maestro a Juan José Arreola, también miniaturista, y uno de los más grandes prosistas de la literatura mexicana.

Dice Helguera haber escrito “el mismo libro de siempre”, y esto lo entiendo en el sentido de que en cada uno de los suyos solía reinsertar algunos textos ya presentes en sus anteriores publicaciones, ya fuese en libros o ya en revistas. Pero este “Fragmento de cinta” no parece, por su continuidad narrativa y su detallismo, ser de los textos acostumbrados por Luis Ignacio. Se diría que habría anotado ante la pantalla de cine una secuencia de alguna película fantástica y de horror (¿quizá la portentosa *La máscara del demonio*, de Mario Bava?) y que añadió su identificación final con el personaje que mira: el perro que resultará “un monstruo” y que podría haber surgido tanto de una película como de una pesadilla. Pero, sea cual sea la fuente de la página aquí reproducida con su visual detallismo, con el atento y casi tranquilo ritmo narrativo inicial, con la derivación a un tono enteramente subjetivo en el que se manifiesta definitivamente un yo, el dizque fragmento adquiere una intensa vibración de página viva. **u**